

CONSECUENCIAS POLÍTICAS
DE LOS DIVERSOS MODOS
DE REPRESENTACIÓN DE LOS
FENÓMENOS DE ANIQUILAMIENTO
MASIVO DE POBLACIÓN:
LA DISCUSIÓN A PROPÓSITO DEL
GENOCIDIO EN EL CASO ARGENTINO¹

Por *Daniel Feierstein*

RESUMEN:

La discusión sobre la utilización de algunos conceptos (genocidio, guerra, terrorismo de Estado, crimen contra la humanidad) para dar cuenta del aniquilamiento sistemático de grupos de población ha recorrido el espacio de lo jurídico, lo académico y lo militante, produciendo distintos efectos en los procesos de apropiación o ajenización de la experiencia sufrida. Considerando el caso histórico argentino, el trabajo busca problematizar las consecuencias ético-políticas del empleo de distintos conceptos. Se centra en la potencialidad del concepto de genocidio, sus efectos en los modos de gestionar las identidades colectivas y la articulación entre la memoria y el presente, a través de la acción material y simbólica.

ABSTRACT:

Political consequences of different modes of representation of massive annihilation. The debate about genocide in the Argentine case

The debate regarding the use of concepts such as genocide, war, state terrorism and crime against humanity to study the

UNTREF

RECIBIDO: 07/10/10
ACEPTADO: 15/12/10

systematic annihilation of large groups of the population has been taking place for long in legal, academic and political circles. These discussions have had important effects in the appropriation or alienation of past experiences. Considering the Argentine case, this paper seeks to study the ethic and political consequences of the use of several concepts. The article will center on the concept of genocide, its effects on the construction of collective identity and the relationship between memory and present through material and symbolic agency.

PALABRAS CLAVE: *Genocidio, guerra, terrorismo de estado, Argentina.*

KEY WORDS: *Genocide, war, state terrorism, Argentina.*

Los estudios sobre los procesos de memoria y representación

Los estudios sobre la memoria y los modos de representar realidades traumáticas han tenido en las últimas décadas una enorme profusión en campos de lo más diversos. Por una parte, las neurociencias han desarro-

llado avances importantes, en especial desde las décadas de 1980 y 1990, en una espiral vertiginosa de descubrimientos. Por otra parte, en el campo de la historia y las ciencias sociales se ha desarrollado un vastísimo interés por los procesos de memoria, en particular con respecto a sus efectos en la constitución de identidades. Por último, también la filosofía y el psicoanálisis han tenido sus propios y peculiares desarrollos sobre la cuestión, con una tradición que arraiga con fuerza en trabajos de la primera mitad del siglo XX (Bergson, Freud, Hallbwachs) y se continúa con obras como las de Piaget, Ricoeur, Chartier o Hayden White, entre muchas otras.

Sin embargo, existen elementos sintomáticos de estos desarrollos, como el escaso diálogo entre las diversas disciplinas –sobre todo en los últimos cincuenta años– y su aún más exagerado distanciamiento con respecto a otro de los planos de acción en lo que refiere a la gestión de pasados traumáticos: el derecho, en tanto ámbito privilegiado en lo que hace a la posibilidad de elaboración de las experiencias de terror sistemático y masivo y a su capacidad performativa, como gestor de verdades sancionadas colectivamente.

Centrado en la experiencia argentina aunque con la convicción de que la misma puede resultar útil para analogar con otros casos históricos,

1. Una versión de este trabajo será publicada en un número sobre "Violencia, memoria, víctimas" de la *Revista Política y Sociedad*, editada por Gabriel Gatti en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, número 2 del volumen 2011.

este trabajo se propone analizar el papel que distintos modos de calificación jurídica –y en especial la categoría de genocidio– pueden ejercer en los modos de elaboración colectiva de la experiencia, articulando para ello los conceptos de memoria, representación e identidad.

La memoria como proceso. La búsqueda de sentido y coherencia

Uno de los aportes más sugerentes de los estudios neurocientíficos de los últimos treinta años ha sido el creciente acuerdo acerca de que la memoria –como localización de escenas en algún lugar de nuestro cerebro– no existe. Esto es que, tal como sugerían Bergson o Freud pero incluso más allá y de un modo más radical que el de sus propias intuiciones, toda memoria es una reconstrucción de sensaciones dispersas, estímulos de nuestros diversos sentidos, rutinas motoras, reacciones aprendidas, que se articulan con memorias semánticas, episódicas, procesales y de otros diversos tipos. Se trata de un conjunto de experiencias fragmentarias y desordenadas a las que nuestro cerebro otorga sentido a través de un “relato”, eje de surgimiento de los procesos de la conciencia y diferenciación entre su expresión caótica y fragmentada (catalogada

como inconsciente) y la búsqueda de coherencia narrativa y sentido (que caracteriza el plano de la conciencia). Toda escena que recordamos es en verdad una “reconstrucción”.

La memoria, por tanto, no es replicativa sino creativa, y la conciencia (y los intentos de elaborar las marcas de lo inconsciente) constituye el plano en el que opera dicha creación. Gerald Edelman, a mi modo de ver el más interesante y lúcido exponente de las corrientes más promisorias de la neurociencia, sugiere que “en los organismos superiores cada acto de percepción es, hasta cierto punto, un acto de creación, y cada acto de la memoria es, hasta cierto punto, un acto de imaginación”.²

-
2. Gerald Edelman, premio Nobel de Medicina y Fisiología en 1972, tiene una vastísima obra y es el creador del “darwinismo neural”. Entre los autores que se han basado en su obra cabe mencionar nombres relevantes como los de Jean Pierre Changeux, Giulio Tononi o Israel Rosenfield, entre otros. Entre su profusa obra, caben destacar, para seguir el desarrollo de sus ideas: *The Remembered Present*, NY, Basic Books, 1989, *Neural Darwinism*, Oxford y NY, Oxford Paperbacks, 1990, *Bright Air, Brilliant Fire*, NY, Basic Books, 1992, *A Universe of Consciousness: How Matter Becomes Imagination*, NY, Basic Books, 2001 (en co-autoría con Giulio Tononi, única de sus obras traducida al español, en versión de Joan Lluís Riera con el título *El*

Uno de los elementos del funcionamiento adaptativo de nuestro cerebro se vincula a la permanente búsqueda de coherencia o “sentido”. La búsqueda de “sentido” es el elemento fundante de cada una de las reconstrucciones de aquello que damos en llamar “memoria”. Edelman sugiere que “la conciencia no tolera que se rompa la coherencia” y que “el impulso hacia la integración es tan fuerte que a menudo no se percibe un vacío allí donde, en realidad, existe un horrendo abismo. *A lo que parece, la sensación de una ausencia es mucho menos tolerable que la ausencia de una sensación*”.³

universo de la conciencia. Cómo la materia se convierte en imaginación, Barcelona, Crítica, 2002) y una síntesis brillante y más actual, que incluye un mayor repertorio de articulación con la filosofía en *Wider than the Sky. The phenomenal gift of consciousness*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2005. La cita está tomada de *El universo de la conciencia...*, *op. cit.*, p. 126.

3. Un ejemplo utilizado a lo largo de las distintas obras es el de la *anosognosia*, aquel proceso por el cual ante la pérdida de la capacidad de utilización de una parte del cuerpo (generalmente un miembro) se pierde simultáneamente el registro de esa parte del cuerpo como propia. Edelman sugiere que ese desprendimiento de la conciencia de una parte de nuestro cuerpo que no podemos controlar es el intento por restablecer la coheren-

La búsqueda de sentido, por otra parte, se articula –como intuyera Bergson– con la acción. Esto es: la construcción de una “escena” –en tanto organización de un desorden de percepciones, estímulos y memorias dispersas– se vincula con nuestras necesidades de actuación en el presente, aún cuando dichas necesidades no sean conscientes, aún cuando las mismas deriven de pulsiones elementales como la tendencia de lo orgánico a su remisión hacia lo inorgánico –lo que Freud caracterizara como “pulsiones de muerte”– o lo que llamara “compulsión a la repetición”, en tanto placer encontrado en la reiteración indefinida de la circunstancia traumática no elaborada.⁴

Los modos de calificación jurídica y sus influencias en la comprensión de la violencia sistemática y masiva ejercida contra la sociedad argentina antes y durante el “proceso de reorganización nacional” (en un

cia ya que, precisamente, “*la sensación de una ausencia es mucho menos tolerable que la ausencia de una sensación*”, y por tanto la conciencia prefiere desprenderse de una parte del sí mismo antes que aceptar su ausencia. La cita está tomada de *El universo de la conciencia...*, *op. cit.*, p. 40/41.

4. Freud, Sigmund, “Más allá del principio de placer”, *Obras Completas*, Vol. XVIII, Madrid-Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1979.

período que suelo ubicar entre los años 1974 y 1983) tienen, a partir de ello, una doble vinculación con la cuestión del sentido de dichos hechos y la articulación entre pasado y presente, entre memoria y acción.⁵ De una parte, dichas calificaciones se encuentran determinadas por los procesos de búsqueda de sentido social. Por otro lado, y mucho más relevante, producen consecuencias en las posibilidades de elaboración y en la reconstrucción de las identidades con posterioridad al horror.

Sostendré, por tanto, que en la discusión acerca de los modos de calificar la experiencia argentina —y, por analogía, muchas de las experiencias sistemáticas de violencia colectiva en la modernidad— el eje central de disputa no se vincula fundamentalmente a la precisión o “ajuste a la verdad” de las distintas calificaciones (en tanto cualquiera de ellas contiene un núcleo de verdad, según la perspectiva que se asuma) sino, por el contrario, se liga a su capacidad de producir consecuencias diferentes en la reelaboración de dicha experiencia, en la reconstrucción de su sentido y coherencia y en sus efec-

tos políticos en la reconfiguración de identidades.⁶

Revisando las calificaciones

Si bien los modos de representación de la experiencia de violaciones masivas y sistemáticas de derechos humanos en Argentina han tenido numerosas expresiones, podríamos agrupar las mismas en tres conjuntos de discursos diferenciados, más allá de las variedades internas de los mismos o del papel hegemónico que cada uno de ellos ha jugado en distintos momentos históricos durante la dictadura y la post-dictadura. Podríamos categorizar a estos tres conjuntos de discursos a partir de la calificación predominante de los hechos en cada uno, a saber: guerra, genocidio y terrorismo estatal. Ello no implica que las tres calificaciones sean excluyentes o contradictorias.

5. Para la justificación del período utilizado véase Feierstein, Daniel, *Genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*, Buenos Aires, FCE, 2007.

6. El término de “elaboración” o “reelaboración” (*Durcharbeiten* en la versión alemana, traducido de ambas maneras, según la versión) fue trabajado por Freud por primera vez en “Recordar, repetir y reelaborar”, publicado en el año 1914 y luego trabajado con más desarrollo en “Más allá del principio de placer”, “Inhibición, síntoma y angustia” y “Análisis terminable e interminable”, todas en Freud, Sigmund, *Obras Completas*, op. cit.

Por el contrario, hay trabajos que incluyen dos o incluso las tres calificaciones, pero sin embargo el énfasis puesto en una o en la otra distingue patrones de comprensión de la experiencia del terror en Argentina, construcciones diferenciales de sentido y coherencia y efectos sociales, políticos e identitarios en los procesos de reelaboración. Son algunas de estas cuestiones las que trataremos de analizar.

La guerra

El discurso de la guerra ha tenido expresiones muy diversas, incluso totalmente antagónicas entre sí en lo ideológico y, pese a haber permeado el sentido común durante el momento de los hechos, sufrió una profunda descalificación en la inmediata post-dictadura. Desde entonces, se mantiene en una posición marginal, presente tan sólo en sectores afines a los perpetradores, en una minoría de los sobrevivientes de las organizaciones armadas de izquierda y en grupos pequeños dentro del ámbito académico argentino. Las perspectivas son muy divergentes entre sí y articulan el concepto de guerra con variables muy diversas como “anti-subversiva”, “sucía”, “revolucionaria y contra-revolucionaria”, “de contrainsurgencia” o “civil”.⁷

7. Para la visión de los perpetradores,

véanse entre otros Camps, Ramón, *Caso Timerman. Punto Final*, Buenos Aires, Tribuna Abierta, y Díaz Bessone, Ramón Genaro, *Guerra revolucionaria en la Argentina (1959-1978)*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1996. Entre las obras más sólidas con respecto al discurso de la guerra por parte del ámbito académico argentino y en un discurso totalmente opuesto al de los perpetradores, pueden consultarse Marín, Juan Carlos, *Los hechos armados. Argentina, 1973-1976. La acumulación primitiva del genocidio*, Buenos Aires, PI.CA.SO./La Rosa Blindada, 1996 e Izaguirre Inés, y colaboradores, *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina, 1973-1983. Antecedentes. Desarrollo. Complicidades*, Buenos Aires, EUDEBA, 2009. Para una visión que discute el concepto de guerra, con lógicas similares pero haciendo una crítica de sus características y consecuencias, véase Flaskamp, Carlos, *Organizaciones político-militares. Testimonios de la lucha armada en Argentina (1968-1976)*, Buenos Aires, Ediciones Nuevos Tiempos, 2002. Flaskamp fue sobreviviente de los órganos de dirección de las FAR: Fuerzas Armadas Revolucionarias, una de las organizaciones armadas de izquierda que sostenía la existencia de la guerra durante dichos años. Su trabajo propone una crítica de dicha caracterización, bajo el concepto de que las caracterizaciones subjetivas de los actores (los militares y las fuerzas armadas de izquierda) no alcanzan para dar cuenta de la situación objetiva de las correlaciones de fuerzas.

No pretendo homologar visiones tan distintas desde lo teórico-ideológico o desde lo moral, en tanto el significado que cada uno de estos grupos asigna a la guerra es totalmente diferente. Sin embargo, me interesa observar algunos efectos comunes de la comprensión de los hechos como guerra en la construcción del sentido del pasado, sus efectos en el presente y en la delimitación de identidades colectivas, más allá del sentido político con el que se efectivicen dichas operaciones, la intencionalidad de sus autores o sus consecuencias éticas.

Los discursos sobre la guerra coinciden en centrar el inicio de las acciones en el clima de movilización política y social vivido desde la década de 1960 en Argentina. Para los militares y sus sectores afines, se trataba de un desafío foráneo a la esencia de la nacionalidad argentina (encarnado fuera por la subversión internacional, el comunismo ateo y apátrida o la masonería, entre otras opciones). Para las organizaciones de izquierda, la misma habría sido producto de la reacción del bloque dominante ante la radicalización de los sectores populares y el surgimiento de vanguardias militarizadas peronistas, clasistas y/o marxistas, una reacción contra-revolucionaria ante el proyecto de desarrollar un proyecto socialista en Argentina, que surge en la articulación de la resistencia

peronista con el triunfo de la Revolución Cubana y el reforzamiento de los movimientos y lógicas insurreccionales. Para otros autores, por último, el concepto de “guerra civil” implica un quiebre de la sociedad entre el bloque del régimen y el bloque revolucionario, que habría pasado del momento político al momento político-militar.

El carácter de “guerra sucia”⁸ se vinculaba a que los combates no fueron abiertos sino que el carácter irregular de las fuerzas insurgentes habría requerido una represión clandestina y policial, como modo de “quitar el agua al pez”, acciones dirigidas contra las poblaciones simpatizantes de los movimientos guerrilleros en lugar de atacar a sus cuadros militares. En términos jurídicos, esta guerra “sucía” se habría caracterizado por la existencia de “excesos” y “errores” que habrían dado lugar —obviamente esto no lo reconocen los perpetradores— a crímenes de guerra y crímenes de lesa humanidad.

8. Es destacable que el concepto de “guerra sucia”, creado por los perpetradores, hegemonizó la literatura en inglés sobre el caso argentino y, luego de su desaparición hacia mediados de los años '80, ha vuelto en el siglo XXI a ser utilizada en numerosos trabajos académicos, sin explicitar en qué sentido se asume dicho concepto.

Es obvio que no todos los discursos sobre la guerra aceptan la comisión de estas violaciones ni las caracterizan exactamente del mismo modo, pero me interesa sintetizar algunos ejes fundamentales que comparten el conjunto de discursos sobre la guerra:

- 1) que existieron básicamente dos grupos involucrados en el conflicto, constituyendo ambos fuerzas sociales con expresión política y militar (más allá de la calificación radicalmente diferencial de su positividad o negatividad para la nación argentina, siendo que uno de los bandos puede ser categorizado como “la nación”, “las fuerzas legales”, “el ejército argentino”, etc., o por el contrario como “el bloque hegemónico”, las “fuerzas contra-revolucionarias” o “el enemigo” y el otro como “la subversión”, la “agresión comunista internacional” o “el campo del pueblo”, “las fuerzas revolucionarias”),
- 2) que el inicio de las acciones se explica por la creciente radicalización de las luchas en Argentina y que, por tanto, se trata de una guerra “defensiva”, nuevamente esto más allá de qué es lo que se pretendía defender.
- 3) que el terror que sacudió a la sociedad argentina fue entonces una “reacción” a fenómenos previos

al mismo. Aquí aparecen luego las diferencias más radicales, en las consecuencias del análisis de esta “reacción”, en tanto que para los defensores del accionar militar no había otro modo de combatir la amenaza, para la visión demócrata el problema radicó en la falta de proporcionalidad entre la amenaza y la reacción, así como en la afección de “terceros” y para la visión revolucionaria el carácter de la reacción se explica por la necesidad de brindar una “lección” a la sociedad argentina para impedir, a través del terror, la posibilidad de la recurrencia de los fenómenos de radicalización política.

Más allá de sus diferencias, tenemos un esquema que plantea la confrontación entre dos fuerzas sociales, confrontación que llega a un estadio militar y se explica como producto de una acción inicial de radicalización que da lugar a una “reacción”, que es la que permite dar cuenta del proceso represivo.

El genocidio⁹

Los distintos discursos de utilización del concepto de genocidio

-
9. Una de las primeras caracterizaciones de los hechos como genocidio aparece en los trabajos de Eduardo Luis

también tienen matices, aunque más sutiles. Existen elementos comunes no sólo en la construcción de sentido, sino también en las implicaciones

ideológicas y políticas del análisis. Pero mi interés se centra en las diferencias entre las argumentaciones centrales de estos planteos en relación con el discurso de la guerra o del terrorismo estatal.

La caracterización como genocidio da cuenta de un proyecto global en el cual el ejercicio del terror y su difusión en el conjunto social es elemento constituyente de la práctica. La visión de que Argentina sufrió un genocidio implica que existió un proyecto de reorganización social y nacional, que buscó *“la destrucción de las relaciones sociales de autonomía y cooperación y de la identidad de una sociedad, por medio del aniquilamiento de una fracción relevante (sea por su número o por los efectos de sus prácticas) de dicha sociedad, y del uso del terror producido del aniquilamiento para el establecimiento de nuevas relaciones sociales y modelos identitarios”*.¹⁰

En relación a los elementos analizados, podemos sostener:

- 1) Que las víctimas no se dividen en “centrales” o “accesorias”, ni en “culpables” o “inocentes”, en tanto el objetivo del terror apuntaba al conjunto social, incluso a los propios perpetradores y sus familias, a través de una defini-

Duhalde, quien fuera el creador del concepto de “Estado terrorista”, que será analizado en el párrafo siguiente. Ya desde las denuncias de la CADHU (Comisión Argentina de Derechos Humanos), en el año 1977 aparece una temprana caracterización del carácter genocida de los hechos y un profuso uso del término y sus sentidos. A este uso temprano del concepto le seguirán los planteos jurídicos de Eduardo Barcesat en la inmediata post-dictadura, la permanente insistencia de los organismos de derechos humanos durante los años '80 y '90, obras de historiadores como Luis Alberto Romero (aún cuando luego se arrepentirá del uso del concepto), *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1994, y los trabajos de mis propios equipos de investigación en la Universidad de Buenos Aires desde la década del '90 y en la Universidad Nacional de Tres de Febrero desde los inicios del siglo XXI: Feierstein, Daniel, *Cinco estudios sobre genocidio*, Buenos Aires, Acervo Cultural Editores, 1997; Feierstein, Daniel (ed.), *Genocidio. La administración de la muerte en la modernidad*, Caseros, EDUNTREF, 2005; y Feierstein, Daniel (ed.), *Terrorismo de Estado y genocidio en América Latina*, Buenos Aires, Prometeo, 2009, entre otros.

10. Feierstein, Daniel, *Genocidio como práctica social...*, op. cit., p. 83.

ción intencionalmente ambigua del sujeto a perseguir (el “delincuente subversivo”), que podría incluir, al decir de una de las afirmaciones más siniestras de los propios perpetradores argentinos, a “los subversivos, los cómplices, los simpatizantes, los indiferentes y los tímidos”.¹¹ Esto es, que el terror concentracionario buscaba producir efectos en el conjunto social y que, por tanto, no es que se hubiera “excedido” en la represión a los grupos armados de izquierda, sino que su objetivo fundamental no radicaba en la derrota de dichos grupos sino en el ejercicio de una práctica mucho más radical y profunda, cuyo objetivo fundamental era el grupo nacional argentino en su conjunto y no sólo sus fracciones radicalizadas o militarizadas,

- 2) que el inicio de las acciones no se explica por ninguna radicalización previa, sino por la paciente construcción de un proyecto de reorganización social a través del terror, que si bien articuló como excusa la “lucha contra la subversión”, venía siendo diseñado con anterioridad a la existencia de organizaciones armadas de

izquierda en Argentina o a la radicalización de algunos sectores populares y que, por tanto, en tanto proyecto continental—expresado en la Doctrina de Seguridad Nacional—contaba con cierta autonomía e independencia del poder de fuego con el que podían contar las organizaciones insurgentes, lo cual queda de manifiesto al observar que dicho proyecto fue implementado por igual en situaciones de clara guerra civil (El Salvador), en situaciones con fuerzas insurgentes sin capacidad de combate militar abierto (Guatemala, Argentina) e incluso allí donde casi no existía una izquierda armada (Chile, Haití, Bolivia),

- 3) que no se habría tratado de una acción “defensiva” sino de una acción “ofensiva”, constituyente de un proyecto que, en principio, resultaba autónomo del desarrollo de las guerrillas y cuyos objetivos fueron los de transformar las relaciones basadas en la reciprocidad y la cooperación en relaciones basadas en el individualismo y la des-responsabilización. La delación resultó la conducta a instigar, buscando aprovechar los efectos combinados del terror y la delación en tanto “destructores morales” y resquebrajadores de los lazos sociales y de las subjetividades.

11. Declaraciones de quien fuera gobernador de facto de la Provincia de Buenos Aires, Ibérico Saint Jean, al *International Herald Tribune*, 26 de mayo de 1977.

El “estado terrorista”

El concepto de estado terrorista es utilizado por Eduardo Duhalde, en una obra clásica que marcó en muchos sentidos las memorias argentinas: *El estado terrorista argentino*.¹² Es útil mencionar que el autor articulaba este concepto con el de genocidio, pero que, sin embargo, el concepto fue elegido *a posteriori* por muchos autores y perspectivas para “diferenciarse” del discurso del genocidio.

El modo en que Duhalde analiza el papel de la clandestinidad de las prácticas, la funcionalidad del terror o la diferencia entre “medidas de excepción” y “estado de excepción”, hacen de dicha obra una referencia ineludible. Una de las ideas más fecundas del texto es que el objetivo central del estado terrorista, a diferencia de otros modelos dictatoriales, no es la “militarización” de la sociedad sino su “desarticulación”. De aquí a pensar a dichos hechos como destrucción y reformulación de relaciones sociales (lo que destaco como peculiaridad del genocidio) hay apenas un paso, que el autor en

algunos casos sugiere —como cuando distingue a las prácticas de la delación, el quiebre de solidaridades y el individualismo como conductas perseguidas por este modelo estatal— aunque no explora en profundidad.

Pero así como muchos trabajos sobre el nazismo y la sanción de la Convención sobre Genocidio operaron “despolitizando” el concepto de genocidio, la trayectoria del concepto de “estado terrorista” siguió un camino similar. Dicha categoría fue reapropiada sólo en términos de la caracterización de una modalidad operatoria aplicada por el estado, entendiéndolo como el origen fundamental de las “violaciones” en juego y articulándolo con una visión bastante distinta a la de Duhalde en lo que hace a los tres niveles de análisis.¹³ De este modo, la conceptualización de Duhalde termina vaciada de su raíz contestataria y diluida en el análisis de una modalidad operativa de los militares que usurparon el poder constitucional. Este tipo de textos se han vuelto hegemónicos en la

12. Duhalde, Eduardo Luis, *El Estado terrorista argentino. Quince años después, una mirada crítica*, Buenos Aires, EUDEBA, 1999. La primera versión fue publicada en 1984 y escrita durante los últimos años de la propia dictadura.

13. Para este uso del concepto de “estado terrorista”, véase en especial Vezzetti, Hugo, *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002 y Novaro, Marcos, y Vicente Palermo, *La Dictadura Militar 1976/1983. Del Golpe de Estado a la restauración democrática*, Paidós, Buenos Aires, 2003, entre otros.

visión en términos de “estado terrorista”, y han opacado la propia obra de Duhalde. Sus ejes son:

- 1) en lo que hace a la identidad de los involucrados en el conflicto, opone al Estado terrorista de una parte y al “conjunto de ciudadanos” de la otra. Pero la gran diferencia con el concepto de genocidio es que no observa al conjunto como “grupo nacional” (es por ello, precisamente, que niega explícitamente la categoría de genocidio) sino como individuos que sufrieron la violación de sus derechos individuales (a la vida, la integridad, la seguridad, el bienestar). Esta es la gran diferencia jurídica entre el concepto de crímenes contra la humanidad (que remite a acciones indiscriminadas contra miembros de la población civil) y el concepto de genocidio (que remite a acciones discriminadas contra grupos específicos de la población). Si bien era posible comprender al estado terrorista como una especificidad de la práctica genocida sobre el grupo nacional argentino, las visiones mayoritarias que tienden a recurrir a este concepto observan, por el contrario, tan sólo las violaciones a los derechos de los ciudadanos producidas desde dicho estado. Ello construye un concepto de víctima en tanto

ciudadano que vio alterados sus derechos a través de la violencia directa del aparato estatal (secuestro, tortura, violación, asesinato, supresión de identidad), pero excluyendo del mismo a la población que no sufrió en modo directo dichas prácticas. Guillermo Levy ha llamado a algunas de estas perspectivas “teorías del uni-demonio”,¹⁴ como modo de distinguirlas de la que en su momento fuera la hegemónica “teoría de los dos demonios”, el modo desmilitarizado de observar las consecuencias de las representaciones de la “guerra”. Las teorías del “uni-demonio” eliminan la dualidad simétrica entre fuerzas represivas y fuerzas insurgentes, planteando un nuevo eje: el estado demoníaco y represor operando sobre individuos específicos que, fueran o no miembros de organizaciones de izquierda, vieron violados sus derechos. Trabajaremos más adelante las sutiles pero fundamentales diferencias

14. Levy, Guillermo, *Sobre la representación de la dictadura y la relación con la política en los jóvenes nacidos a partir de la recuperación democrática*, proyecto de investigación desarrollado en el Centro de Estudios sobre Genocidio, Universidad Nacional de Tres de Febrero, programación científica 2007-2009 y 2010-2011.

en los procesos de memoria entre esta visión y las previas, 2) y 3) en lo que hace al inicio de las acciones, las visiones sobre el estado terrorista no tienen un discurso común. Algunos asumen la idea de que las acciones del terrorismo estatal fueron una respuesta a la radicalización política (con claridad Vezzetti, con más dudas Novaro y Palermo), aunque una respuesta desproporcionada, en tanto otros analizan al terrorismo estatal como un proyecto autónomo, mucho más coincidente con la visión del genocidio (por caso el propio Duhalde o el segundo momento de los trabajos de Romero, cuando quiebra con la noción de genocidio).

Por lo tanto, aún con mucho más acuerdo en las implicaciones ideológicas de sus distintas variantes que los discursos de la guerra, conviven dentro de las visiones del “estado terrorista” ambas variantes de explicación causal de los hechos (cómo se inició el conflicto, dónde se origina la decisión de producir las acciones de terror) aunque comparten una definición del primer punto (caracterización de las víctimas) que vuelve necesario distinguir esta perspectiva de las dos previas (guerra o genocidio).

Vinculación entre memoria y presente: vivimos en un “presente recordado”

Brevemente descriptas las tres principales modalidades de calificación de los hechos –y aclarado que en muchos casos estas modalidades se solapan y superponen en explicaciones más complejas que articulan dos y hasta tres de las perspectivas–, se abordará una discusión que analice las consecuencias de cada uno de estos modelos para los usos del pasado en el presente, los modos en que permiten abordar las consecuencias del trauma y los tipos de reelaboraciones, apropiaciones y alienaciones que cada modelo tiende a construir.

Lo haremos mediante el análisis de cinco ejes:

- a) Los efectos en la definición de las víctimas,
- b) el sentido que se asigna al proceso histórico-social,
- c) el análisis de las consecuencias que ha dejado el terror,
- d) las acciones que se deberían realizar para reelaborar dichas consecuencias y/o prevenir la reiteración, y
- e) sus efectos en la transmisión generacional.

Las víctimas o sujetos pasivos del delito

El derecho, al tratar con los modos de calificación, utiliza el concepto de *sujeto pasivo del delito*, que será de gran utilidad para analizar las consecuencias de los distintos discursos. Más allá de la definición como delito de las prácticas cometidas, lo interesante de esta perspectiva radica en tratar de comprender quiénes habrían sido los *afectados* por las prácticas y, en todo caso, qué relación se puede establecer entre distintos *tipos de afección*.

Para las teorías de la guerra, las víctimas o afectados han sido los *inocentes*, aquellos que no participaban del conflicto y fueron alcanzados por el terror estatal, visión que comparten, pese a sus diferencias en otros planos, las teorías de la guerra con las teorías de “los dos demonios”. Los “combatientes”, al asumir su carácter de tales, no se sienten interpelados por el concepto de víctima (esto lo sostienen incluso algunos sobrevivientes de los centros clandestinos de detención), ni por el de “afectados”, como tampoco por la calificación de los hechos como “delitos”. En todo caso, el terror es una expresión de la inhumanidad de uno de los bandos del combate.

Para quienes plantean que existió una guerra revolucionaria, también

habría sido afectado el pueblo argentino, en tanto la derrota de la revolución implicaría la pérdida de derechos y posibilidades para los sectores populares y un retroceso en la lucha de clases. Pero aun en este caso, esta victimización o afectación es indirecta y los conceptos de víctimas o afectados no se articulan bien con la idea del discurso revolucionario, en tanto en una revolución no hay ni víctimas ni afectados ni delitos, sino básicamente revolucionarios y defensores del *statu quo*.

Para los discursos del genocidio, el *sujeto pasivo del delito* es el *grupo nacional argentino*, cuyas prácticas fueron reorganizadas a través del terror. No son los ciudadanos sino el propio grupo en sí, lo cual da sentido a la utilización del término genocidio. Al centrar la intencionalidad de la práctica en el grupo, se plantea aquí otro tipo de abordaje en cuanto a la afección. Aún los perpetradores resultan en algún sentido afectados, en tanto su transformación en torturadores o asesinos deja marcas indelebles, operando rupturas de los lazos sociales radicalmente diferentes que las producidas por cualquier otro conflicto, incluida una guerra.

Para el discurso del estado terrorista, la dualidad reaparece aunque no se plantea como una dualidad entre bandos más o menos simétricos, sino que la dualidad —propia-mente liberal— de la formulación

aparece entre el polo estatal y el derecho ciudadano individual. El Estado arrasó con sus prácticas los derechos de cada uno de los individuos, con lo que los *sujetos pasivos del delito* son aquellos ciudadanos que vieron sus derechos afectados. Aún cuando se aceptara —como lo hacen algunas de estas perspectivas— que dichos ciudadanos son *todos* los ciudadanos, en tanto hubo distintos modos de sufrir el terror estatal, la gran diferencia radica en que su *afección* fue “*en tanto* ciudadanos”, mientras que la perspectiva anterior nos plantea una *afección* “*en tanto* grupo”. El concepto de *totalitarismo* se basa en este tipo de planteos, centrados en la oposición “represión estatal - autonomía individual”. Este es el corazón conceptual de la crítica democrática a los procesos de terror estatal: la vulneración de los derechos humanos, en tanto derechos individuales.

Puesta en cuestión la hegemonía del discurso dual de los “dos demonios”, esta interpretación del “terrorismo estatal” busca, en el campo jurídico y académico, reemplazar dicha hegemonía, pese a la persistente resistencia de muchos organismos de derechos humanos ante esta comprensión “liberal-democrática” de los efectos del terror estatal.

El sentido o la “causalidad”

En lo que hace a la discusión en torno al “sentido” asignado al proceso de terror, también las tres variantes construyen visiones diferentes.

Para la teoría de la guerra, el sentido predominante se analiza a través del par “derrota-victoria”. En el plano militar, la guerra se saldó con una clara victoria de la fuerza social estatal. Si bien para algunos perpetradores esta victoria es total y ha sido la condición de la “restauración democrática”, para otros la victoria militar no fue acompañada de una victoria cultural, lo cual habría permitido la recomposición de la fuerza enemiga y su retorno a la operatoria en el campo de lo político. Se trataría, entonces, de una “victoria no realizada”, producto de un abandono temprano del poder que, habiendo acabado con la amenaza subversiva en el plano militar, no habría logrado arrancar sus profundas raíces socio-culturales. Para quienes sostienen la idea de la guerra civil o revolucionaria, se trataría, complementariamente, de la necesidad de elaborar una derrota, analizando las características políticas y militares que habrían llevado a ella e intentando construir un lento “rearme” de la fuerza popular que permitiera escalar nuevamente el conflicto

en mejores condiciones e incorporando los aprendizajes.

Para la visión del genocidio, el sentido del proceso –aún cuando articulable con la idea de derrota– la excede ampliamente. Si lo que existió fue una profunda reorganización de las relaciones sociales, lo que opera es la irreversibilidad de los procesos sociales (aun cuando dicha irreversibilidad puede plantearse también con respecto a los efectos de una guerra).¹⁵ Si en una derrota se trata de analizar los pormenores de los combates y de sus condiciones, en un genocidio el eje es comprender los modos en que las relaciones sociales y el propio grupo afectado (el grupo nacional argentino, en este caso) han sido transformados. El sentido, de este modo, no habría sido el de lograr una victoria (un eje complementario, pero no central en la explicación) sobre un actor militar

o una fuerza social sino el de transformar radical y cualitativamente el funcionamiento del conjunto de la sociedad (es muy potente aquí la idea de los micro-despotismos de O'Donnell, como los análisis económicos de Aspiazú, Basualdo y Khavisse),¹⁶ siendo la preocupación central la de comprender cómo es que dicho funcionamiento fue transformado (cómo era previamente, cómo fue alterado a partir del terror y cómo se reconfigura a partir del fin de la dictadura, interiorizando el terror en un contexto en que el mismo ya no opera abiertamente).

Para la visión del “estado terrorista”, aún cuando el terror forma parte de su denominación, el sentido circula por la oposición “estado-individuo”, en función del respeto a las libertades y derechos individuales (derechos humanos). El sentido de la práctica se articula con la noción de “totalitarismo”, en tanto arrasamiento de los derechos individuales por parte de la estructura estatal, que se constituye en una maquinaria opresiva que busca ahogar la expresión de la autonomía individual. El pro-

15. No se entiende aquí la irreversibilidad de lo histórico-social como una imposibilidad de revertir las consecuencias de dichos procesos (la cual colaboraría con un sentido posmoderno vinculado al “fin de las utopías” o a un pragmatismo ácido) sino, por el contrario, a que los hechos histórico-sociales dejan marcas que implican la imposibilidad de volver al momento previo “como si no hubieran ocurrido”. De allí que resultan irreversibles, en tanto la tarea, en todo caso, será lidiar con sus efectos y, en todo caso, intentar transformarlos.

16. O'Donnell, Guillermo, *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Paidós, Buenos Aires, 1997; Aspiazú, Daniel, Eduardo Basualdo y Miguel Khavisse, *El nuevo poder económico en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, entre otros.

ducto de este proceso será entonces la construcción de individuos subordinados, incapacitados o disminuidos para el ejercicio de su libertad.

Las consecuencias

Si el sentido de la guerra fue la derrota del ejército enemigo (fuera esta derrota total o parcial, favorable o desfavorable a quien reconstruye los hechos), las consecuencias se vinculan a procesos de transformación en la correlación de fuerzas. Las visiones opuestas con respecto al carácter y sentido de la guerra tienden a coincidir en que la posibilidad revolucionaria en Argentina fue anulada o, cuanto menos, pospuesta a muy largo plazo. Según las visiones de los perpetradores, la subversión fue totalmente erradicada o, en las visiones críticas, desarmada y reclusa al ámbito de lo político y lo cultural. Para las visiones contestatarias, la correlación de fuerzas se ha inclinado hacia el bloque hegemónico, explicando de este modo la imposición de ciertas políticas económicas y numerosos avances sobre los sectores populares.

Si el sentido del terror fue la reorganización de relaciones sociales a través del genocidio, las consecuencias no sólo aparecen en el plano de las conquistas populares o los avances del capital, sino en una profunda

transformación del acontecer social en todos sus planos, desde la familia hasta el empleo, desde la política hasta la religión. Estas transformaciones de orden macro-político y, sobre todo, micro-político, son las que distinguen las consecuencias de una guerra y las de un genocidio. El hecho de que el núcleo prioritario de las prácticas no haya sido el combate (ni las bajas, ni el territorio) sino el espacio del campo de concentración, produjo una irradiación del terror desde los cuerpos “tocados” por el sistema concentracionario hacia los que, sin circular por el mismo, se vieron atravesados de todos modos por los efectos silenciosos, angustiantes y siniestros de la operatoria.

La articulación entre el orden genocida y la apoliticidad, indiferencia e individualismo de los veinte años siguientes no se explicaría sólo por la correlación de fuerzas políticas y militares desfavorable, sino por una incisiva y profunda transformación del vínculo social, que incluso habría afectado las posibilidades de transmisión generacional de las experiencias. Este quiebre opera de varias maneras, una de las más demoledoras la constituye la cosificación de la generación que vivió el genocidio como “primera y única”, proceso que convierte a las generaciones siguientes en “huérfanas” en todo sentido, sea porque se les hace cargar con muertes que ni terminan de ser pro-

pías ni terminan de comprender, sea porque se confrontan con una generación que no alcanza a reconstruir un sentido coherente en la transmisión de su propia experiencia, oscilando entre una “idealización” inalcanzable de los héroes asesinados y una renegación de las utopías alguna vez defendidas, modos polares e irreconciliables pero que, sin embargo, clausuran la posibilidad de generar un legado.

Para las visiones del “terrorismo estatal”, por último, las consecuencias no han sido tan negativas como en los otros dos casos. La retirada dictatorial y la deslegitimación de los militares habrían abierto el campo para la emergencia de la antinomia “democracia-dictadura” —que se instaló con fuerza durante el alfonsinismo pero luego se mantuvo a lo largo de todo el período post-dictatorial— y para el surgimiento de una nueva y valorable preocupación por los derechos humanos. Siendo así, pese al tendal de horror y violaciones producidos, la resurrección democrática habría sido definitiva, y las consecuencias negativas se vincularían sólo a las marcas aún presentes del funcionamiento represivo en las prácticas policiales —situación carcelaria, políticas de “gatillo fácil”, redes delictivas articuladas con la estructura policial, redes de corrupción—.

Elaboración y prevención

La construcción de figuras diferenciales de afección, de sentidos diversos y consecuencias distintas conduce, por tanto, a articulaciones peculiares entre pasado y presente, pues cada una de las visiones sugiere la necesidad de acciones de distinto orden. En este punto, las representaciones cobran su sentido más politizado, a la vez que su determinación última: la vinculación de toda memoria con la acción.

Para quienes sostienen la idea de una “guerra sucia contra la subversión”, lo que quedaría por delante es el “rearme” en la “lucha cultural”. Con la reapertura de los juicios y la continuidad de una fuerte hegemonía en la deslegitimación de los perpetradores, se insiste —por suerte con escaso éxito— en la necesidad de “desangelizar” a las “supuestas víctimas” y recomponer la comprensión de los años previos a la dictadura. Quizás el caso más logrado de esta postura ha sido la profusa obra de Juan Bautista Yofre,¹⁷ destinada tan-

17. Véase su prolífica producción, a raíz de un libro por año, siempre en la misma tónica, en, todos ellos productores de una misma lógica de desresponsabilización a través de la igualación, sea en la responsabilidad colectiva (“fuimos todos”) como en la ignorancia (“Nadie fue”), planteos que parecen contradictorios pero son

to a resaltar e igualar la violencia insurgente con la violencia estatal como a generalizar las responsabilidades como modo de crear una “complicidad compartida” en el ejercicio del terror. Para quienes sostienen, por el contrario, la visión de una guerra contra-revolucionaria que habría concluido en una derrota de los sectores populares, el momento actual implicaría la necesidad y oportunidad de comenzar a producir un “rearme”, de reagrupar a las fuerzas sobrevivientes y plantear las condiciones en las cuales podría comenzar a vislumbrarse la posibilidad de iniciar una nueva ofensiva. Esto no se suele sostener así casi en ningún grupo político ni académico, pero no se vería otro modo de articulación con el presente, a no ser la continuidad discursiva en la necesidad de proce-

sar los efectos de la derrota, la cual va perdiendo poco a poco su sentido, cuando las generaciones interpeladas ya tienen cada vez menos vinculación con lo que alguna vez habría podido ser una guerra, no existiendo organización alguna en el país que propugne la posibilidad de retomar una lucha armada revolucionaria, lo cual incluso interpela a otros discursos (Vezzetti, Sarlo, Novaro y Palermo) sobre cuál sería la tan urgente necesidad y oportunidad de las incitaciones a que los actores sobrevivientes abjuren una y otra vez de la violencia política, cuando la violencia insurgente no es en absoluto un tema en la agenda argentina contemporánea.

Para quienes priorizan el análisis del genocidio, los modos con los que pensar los procesos de reelaboración son muy otros. Habiendo sido afectado el conjunto del grupo nacional, la reelaboración puede pensarse en relación con los efectos del trauma. Las transformaciones sociales operadas por el terror no se reelaboran por meros actos de voluntad, ya que están ancladas en el subsuelo del inconsciente. Todo intento de prevención debe tomar en cuenta la tremenda fuerza de lo que Freud caracterizara como “compulsión a la repetición”, la necesidad psíquica de reproducir una y otra vez la situación traumática no elaborada. Toda invocación al “nunca más”, comprendida

en verdad caras polares del mismo tipo de lógica: la igualación y aplanamiento de las responsabilidades. Yofre, Juan Bautista, *Fuimos todos*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007; *Nadie Fue*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008 (editado en 2006 por Edivern, Buenos Aires); *Volver a matar*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009 y *El escarmiento*, Buenos Aires, Sudamericana, 2010. Para un planteo contrario con respecto a la construcción de la responsabilidad, véase la clásica y lúcida obra de Karl Jaspers sobre el nazismo: Jaspers, Karl, *El problema de la culpa*, Barcelona, Paidós, 1998.

en este contexto, no podría ser leída más que como una persistente tarea denegatoria, que insistiría una y otra vez en sostener la inexistencia de lo que no se puede dejar de hacer. Porque si la afección es analizada en términos de trauma, sólo un profundo trabajo de desciframiento de sus complejas e intrincadas marcas en el inconsciente podrá aportar a un lento y paciente trabajo de reelaboración. Y dicha articulación tampoco puede ser individual, sino que no puede menos que ser eminentemente política. En las álgidas discusiones sobre la caracterización de los hechos como genocidio —y la fuerza con que la calificación se sostiene por parte de muchos sobrevivientes, a la vez que produce denegaciones y enojos en muchos de sus contemporáneos que no atravesaron la experiencia concentracionaria— se podría avanzar en algo más complejo, aún sin saberlo ni proponérselo. Muchos organismos de derechos humanos y diversos grupos políticos, instituciones estatales, grupos de salud e incluso algún tribunal intentan, a través de estas discusiones sobre la calificación jurídica, avanzar en un trabajo de reelaboración colectiva de las consecuencias de un trauma también colectivo.

En las perspectivas dominantes del “terrorismo estatal”, como contraposición, se encontraría la mirada más propiamente denegatoria en cuanto a esta última cuestión, en

tanto estas perspectivas intentan clausurar y condenar en bloque todo un pasado, en el cual no operarían ni las correlaciones de fuerza (hegemónicas en los discursos sobre la guerra) ni la reelaboración de las reorganizaciones sociales y del trauma colectivo (ejes de los discursos sobre genocidio), sino que la justicia sería la herramienta que permitiría *cerrar* un pasado donde el eje habría sido la relación problemática del conjunto de los grupos políticos —algunos autores incluso dirán “el conjunto de la sociedad”— con “la violencia”. Esta mirada recorre tanto los trabajos de Vezzetti y Novaro y Palermo, pero también algunas referencias de Elizabeth Jelin o, con más claridad y haciendo el foco en ello, el planteo de Oscar del Barco en la revista *La Intemperie* y gran parte de las intervenciones a que su carta diera lugar, en una reflexión que postulándose como crítica y en algunos casos como autocrítica, genera sin embargo un fuerte efecto denegatorio, pues no permite analizar los modos en los que el terror opera en su caracterización actual de dicho pasado, en la propia *actitud autocrítica* de sus autores y en sus motivos. Esta mirada homogeneizadora y simplificadora del fenómeno de “la violencia” termina restituyendo las lógicas de “los dos demonios” de un modo más sutil e incisivo, en tanto vuelve a igualar responsabilidades (unos por haber desatado el horror, otros por haberlo

implementado) y aun cuando, en las variantes clasificadas como del “unidemonio” se pretenda sostener la diferencia entre uno y otro uso de la violencia, el esquema “acción-reacción” opera en la continuación del fenómeno denegatorio, al impedir visibilizar la reorganización social producida por el terror como relativamente independiente de los grados de adhesión de distintos grupos políticos o culturales a la violencia insurgente.

Sería incorrecto asignar un sentido conspirativo a esta persistente reaparición del modelo hegemónico de los “dos demonios” o caer de un modo polar en su *demonización*. Por el contrario, da cuenta de la funcionalidad de dicho modelo para la generación de los contemporáneos de la dictadura, que incluye al conjunto de los autores citados. Es precisamente el carácter denegatorio de este modelo el que genera su constante re-emergencia. Porque el esquema psíquico busca una y otra vez sentido y coherencia y el discurso demonizador de la violencia (en cualquiera de sus variantes) produce precisamente un *sentido denegatorio*: aquel que permite la clausura sobre los modos en que las prácticas sociales de los contemporáneos habrían sido transformadas por el terror, sea que lo produzca a través de la igualación de responsabilidades, de la alienación o borramiento de las prácticas previas al genocidio, de la acep-

tación de la resignificación del horizonte de la igualdad o equidad por el del “reconocimiento” o el del “respeto por los derechos individuales”,¹⁸ de la condena abstracta y vaciada de sentido de “la violencia”, o de todos estos procesos simultáneamente.

Efectos en la transmisión generacional

Pero si el modelo del “terrorismo estatal” es el que resulta más funcional para una reconstrucción de *sentido denegatorio* en la generación contemporánea de los hechos, vale culminar este trabajo con algunas reflexiones en relación a lo que podría ocurrir en la siguiente generación.

Los sentidos construidos en los discursos de la guerra y del terrorismo estatal tienen una clara impronta generacional. A partir de la inexistencia de una mirada militarizada del conflicto social en Argentina, cuanto menos desde el fin de la Guerra Fría, y con la simultánea deslegitimación del Estado represivo centralizado, ambas perspectivas (guerra y terrorismo estatal) producen miradas sobre el pasado difíciles de apropiar en el presente por una generación que no ha participado de guerra alguna —aún si se aceptara que hubo una guerra— y que, pese a todos los

18. Para esto véase Bauman, Zygmunt, *Modernidad líquida*, Buenos Aires, FCE, 2003.

problemas de la democracia argentina, ha vivido en un régimen legitimado por el voto masivo de la población y donde los límites a la libertad de expresión no provienen del aparato estatal sino, en todo caso, de la concentración de las corporaciones mediáticas.

Siendo así, se produce cierto *extrañamiento* con ambos tipos de discurso. Toda vinculación tiende a operar como “forzada”, en tanto ni las fuerzas que habrían confrontado en la guerra plantean una continuidad posible del conflicto militar ni la amenaza de la restitución de la antinomia “democracia-dictadura” aparece como viable (cuanto menos desde comienzos de la década de 1990) ni las críticas a la violencia interpelan su realidad cotidiana, al no existir organización alguna que proponga la violencia insurgente en el presente argentino. Es así que estas interpretaciones tenderían a construir una mirada cada vez más “ajenizada” en la segunda generación, que relegaría los hechos del terror a un capítulo más de la historia, una historia que sería la de sus padres pero que no podría articularse con su propio acontecer vivencial.

Muy otros son los efectos de una perspectiva que prioriza los efectos de reorganización social y trauma. Porque la imposibilidad de transmisión del legado generacional opera efectos diversos, complejos y profundos en la propia generación de los

hijos. Algunas de las reacciones generacionales a esta cuestión pueden observarse en producciones tan diversas como los “escraches” de la agrupación HIJOS, las obras de “Teatro por la Identidad”, las reflexiones sobre la asistencia psico-social a hijos de desaparecidos y torturados, la poesía o el cine, materiales producidos por la segunda generación.

Los “escraches” implicaron la irrupción de una nueva generación en el silencio, la denegación y la clausura impuestos y/o aceptados o tolerados por los contemporáneos al terror. No implicó sólo un hito más en la lucha contra la impunidad —de los que hubo muchos encabezados por los propios contemporáneos— sino una interpelación vinculada precisamente a la no aceptación de la interrupción en la transmisión generacional, buscando un vínculo no sólo con los padres ausentes en tanto desaparecidos, sino con una generación ausente en su rol de paternidad, en su ejercicio de la responsabilidad y la justicia. Y se lo hizo reclamando al orden estatal la asunción de su responsabilidad: “Como no hay justicia, hay escrache”. La no asunción de la responsabilidad lleva a una rebelión general ante las lógicas del orden. Pero dichas interpelaciones ante las dificultades de constitución de una identidad “en tanto hijos” recorren también gran parte de sus obras artísticas.

El grito de guerra generacional de Juan Terranova –terriblemente revulsivo para cualquier militante contemporáneo a los hechos, pero incluso también para muchos de sus hijos– es un ejemplo duro de ese quiebre en la transmisión, que enrostra a toda una generación (no precisamente a quienes estuvieron en los campos, sino más bien al resto) que se ubica colectivamente en el rol de víctima (y esta es la funcionalidad de las perspectivas del “terrorismo estatal”, que facilitan la denegación de responsabilidades al asignarlas a los militares y a los grupos insurgentes, sea que lo hagan por igual o diferencialmente) y consideraron que sólo tenían derecho a recibir reparaciones. Una de las frases quizá más duras de su discutible y discutido poema “El ignorante”¹⁹ es aquella que plantea “*Su única operación real y exitosa fue sobrevivir, ser parricidas y filicidas al mismo tiempo*”, en el que intenta señalar, con su enojo irreverente, el no-lugar al que los discursos hegemónicos de la generación de los contemporáneos ha condenado a sus hijos, el ser siempre a medias, el ser en nombre de otro. También el film *Los rubios*, de Albertina Carri, intenta dinamitar el sentido construido por la generación de los contemporáneos. Apunta en este caso a los modos de idealización de los desaparecidos que, en un intento de brin-

darles justicia póstuma, no deja lugar posible a sus hijos más que a una reproducción que siempre sería fallida o empobrecida, una “película” que no es la que Carri quiere ni necesita hacer.

Gabriel Gatti intenta rescatar estos cuestionamientos al plantear que “en el sentido es donde se da la batalla”,²⁰ que el problema para los hijos sería el de cómo hablar “desde el vacío”, en el que estaría una generación que no logra encontrarse en el sentido producido por los contemporáneos de la catástrofe. Gatti delimita las visiones generacionales entre una “narrativa del sentido” (propia de los contemporáneos) y otra “narrativa de la ausencia de sentido” (propia de sus hijos, tragicómica si no paródica). Creo que la delimitación es sugerente, aunque su nominación puede resultar problemática, sobre todo cuando se describe a esta segunda narrativa en tanto que “aspira a habitar una ausencia sobrevenida y ya institucionalizada”, en “gobernar una vida que se desarrolla dentro de un imposible”. Gatti identifica con lucidez los problemas con los que se topa la generación de los sucesores en la construcción de su sentido, pero considera que dichos problemas terminarían siendo resuel-

19. Terranova, Juan, *El ignorante*, Buenos Aires, Tántalia/Crawl, 2004.

20. Gatti, Gabriel, *El detenido-desaparecido. Narrativas posibles para una catástrofe de la identidad*, Montevideo, Trilce, 2008, p. 46

tos en la “gestión” o “convivencia” con dicha ausencia.²¹

Es este planteo el que me parece cuestionable. ¿Por qué calificar como “sentido” a una de las posibilidades de reelaboración y como “ausencia de sentido” a otra de dichas posibilidades? A mi modo de ver, lejos de una “ausencia de sentido”, lo que aparece en planteos como el de Terranova o Carri (entre muchos otros de su generación) es la imposibilidad de apropiación o reproducción de los sentidos de la generación previa. Estos diversos cuestionamientos podrían articularse de modo enriquecedor en una perspectiva que priorice la reorganización social producida, como posibilidad para abordar la reelaboración de los efectos traumáticos en ambos grupos generacionales. El cuestionamiento de los hijos podría constituir una oportu-

nidad para, a la vez, quebrar la hegemonía denegatoria de sus padres y abrir la posibilidad de la transmisión de un legado.

Revisar cuántas de nuestras prácticas sociales se encuentran atravesadas y determinadas por la reorganización genocida es una pregunta que atraviesa a las dos generaciones, aunque de modos muy distintos. Y sólo puede comenzar a saldarse en un diálogo intergeneracional que, abordando descarnadamente el dolor, la vergüenza y la culpa, pueda abrir una puerta para constituir un legado posible, que pueda incluir los sueños, los aciertos, los problemas y las dudas de una generación atravesada por el terror y su intento de destrucción del sentido. Cuando la discusión sólo busca ajustar definiciones sin observar las relaciones de transferencia entre los propios traumas y los hechos de los que habla, tal como magistralmente nos enseñara Dominick LaCapra,²² es posible que nos lleve a perder la oportunidad—sumergidos en el mar de las clasificaciones—de comprender algo mejor qué es lo que verdaderamente estamos discutiendo y cuáles son sus efectos en nosotros, en nuestros padres y en nuestros hijos.

21. Es sugerente destacar que el propio Gatti, pese a ser un “hijo” de desaparecidos, se encuentra generacionalmente más bien en el lugar que Susan Suleiman caracteriza como “generación 1.5” (Suleiman, Susan Rubin, *Crises of Memory and the Second World War*, Cambridge y Londres, Harvard University Press, 2008), esto es, aquellos que eran niños durante el transcurso de los hechos traumáticos, no teniendo edad para ser contemporáneos, pero algo mayores que la mayoría de sus hijos, nacidos durante o después de los hechos. Vale aclarar que quien esto escribe pertenece también a dicho grupo generacional.

22. La Capra, Dominick, *Historia y memoria después de Auschwitz*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.